sátira/12
el desperdicio
Sábado 7 de marzo de 1992
Nº 230

VORACIDAD PRIVATIZADORA

Se pregunta Cavallo: "¿Las 'Joyas de la abuela' incluyen la Cadena Nacional?"

PARA EL CASO DE QUE EL PLAN FRACASE

Menem ya tiene lista una frase: "Estamos en el mismo paracaídas, y sin avión".

TRATANDO DE AMPLIAR SU BASE ELECTORAL

Porto lanza el primer slogan en su campaña para senador: "La Argentina no termina en la avenida Cabildo".



CAMPAÑA ANTICOLERA

Readaptan viejo slogan: "El cólera es un viaje de ida... al baño"

Después del "fatídico vuelo" de Aerolíneas: si sueña con el cólera, juéguele al 386

Admiten fabricantes de lavandina trucha: "Está bien, no mata al vibrión, pero al menos lo destiñe"



VOLVER
CON LA FRENTE MARCHITA

MI BUENOS AIRES Q

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

¡OTRA VEZ LAS VACACIONES!

El profesor Mosqueto decidió tomarse esta vez unas vacaciones prolongadas, y dejó muchas notas por adelantado y en desorden. Pedimos disculpas a los lectores porque la que se incluyó en este número era para publicarse en marzo 2056.

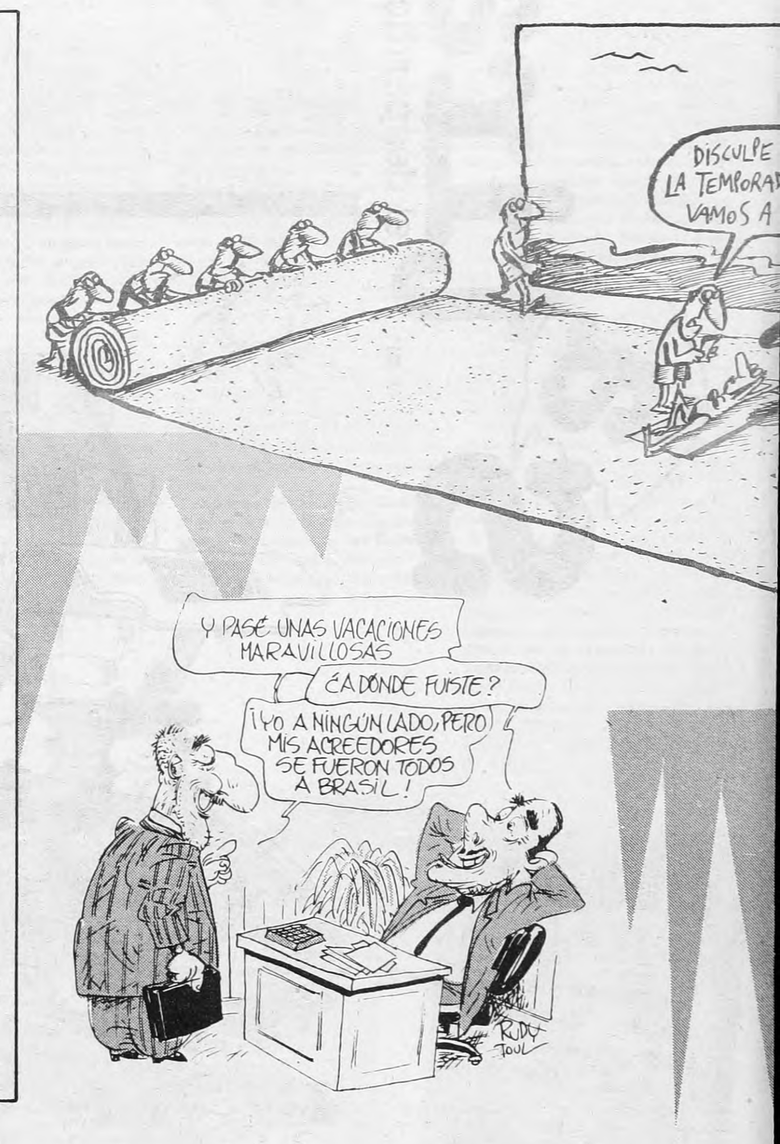
Como todos los años, este mes renace la grata expectativa de volver al trabajo. Es cierto, todavía nos quedan tres o cuatro meses de vacaciones, pero ya empezamos a planear adónde iremos a trabajar en julio o agosto. Es que a esta altura del año las vacaciones se hacen cada vez más difíciles de soportar. Ya estamos hartos de achicharrarnos al sol, de la arena fastidiosa, del olor de los bronceadores, el paisaje siempre igual, o bien, si no tuvimos más remedio que ir a esquiar, el brillo de la nieve que tanto cansa la vista. Para colmo este verano ha sido riguroso, casi no hubo lluvias que alteraran la rutina. Y mejor no hablemos de lo que es tener que soportar a la familia todo el día, los chicos, sin un minuto de descanso. Once meses al año tenemos que aguantar todo esto: pensar que nuestros antepasados, aunque parezca increíble, se pasaban casi todo el año de trabajo. Pero lo peor de vacacionar son las obligaciones, que se sintetizan en la obligación de divertirse, de pasarla bien. En fin, nos queda la ilusión de disfrutar de nuestras semanitas de trabajo, cuando cada uno será libre de hacer lo que quiera, trabajar, ir al café con los amigos, caminar solo por la ciudad, o simplemente estar un poco triste, sin ninguna obligación de pasarla bien o ser feliz.

Por supuesto, todo ciudadano responsable reconoce que las vacaciones son una necesidad social. Su generalización fue lo único que permitió, hace ya varias décadas, poner fin a la desocupación, que ya venía afectando a la mayoría de los seres humanos. Claro que eso no terminó con las desigualdades. Hay desdichados que ni siquiera pueden pagarse una semanita de trabajo y descansan todo el año, de sol a sol, por un salario miserable; en el otro extremo, el jet-set suscita la envidia de la gente común cuando las revistas muestran a esa gente que vive sin necesidad de tomarse vacaciones, yendo de un trabajo a otro.

Por esta época del año las agencias de trabajo empiezan a publicitar sus tentadoras ofertas. Cada uno, según sus gustos y posibilidades, se decidirá entre ir como operario a los tostaderos de café en Brasil, participar en la cosecha de papas en Balcarce, ser peón en los criaderos de caimanes en la Florida, o la interesante propuesta de Cuba, que por sólo mil dólares ofrece trabajar en la zafra azucarera. Más exclusiva es la propuesta de actuar como barrendero en Punta del Este. En fin, como siempre la mayoría terminará empleándose en una oficina en Mar del Plata.

Además, cada profesión tiene sus hábitos. Los abogados y jueces prefieren trabajar en julio, durante la llamada feria judicial: todos sabemos cómo eso demora expedientes que durante el resto del año son tramitados eficazmente por las máquinas de litigar, pero, bueno, es un solo mes. Los psicoanalistas, en cambio, suelen elegir el mes de agosto, durante el cual las máquinas de analizar, a las cuales vinimos confiando nuestros problemas durante todas las vacaciones y con las cuales habíamos constituido un entrañable vínculo, son reemplazadas por seres humanos, siempre tan poco confiables.

Más allá de esos inconvenientes, el hecho es que el tiempo de trabajo, una semana o quince días o un mes, siempre nos resulta más corto y más caro de lo que habíamos imaginado. En nuestros momentos más delirantes soñamos con un mundo donde trabajar fuese gratis o inclusive nos pagaran por trabajar. Y, después de los cortos meses de trabajo, llegará setiembre, el peor mes del año: de vuelta a la rutina; de nuevo las sombrillas y los bronceadores. Trataremos de resignarnos pero, sin poder disimular nuestro fastidio, exclamaremos: "¡Otra vez las vacaciones!"







MI BUENOS AIRES QUERIDO

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

¡OTRA VEZ LAS VACACIONES!

El profesor Mosqueto decidió tomarse esta vez unas vacaciones prolongadas, y dejó muchas notas por adelantado y en desorden. Pedimos disculpas a los lectores porque la que se incluyó en este número era para publicarse en marzo 2056.

Como todos los años, este mes renace la grata expectativa de volver al trabajo. Es cierto, todavía nos quedan tres o cuatro meses de vacaciones, pero ya empezamos a planear adónde iremos a trabajar en julio o agosto. Es que a esta altura del año las vacaciones se hacen cada vez más difíciles de soportar. Ya estamos hartos de achicharrarnos al sol, de la arena fastidiosa, del olor de los bronceadores, el paisaje siempre igual, o bien, si no tuvimos más remedio que ir a esquiar, el brillo de la nieve que tanto cansa la vista. Para colmo este verano ha sido riguroso, casi no hubo lluvias que alteraran la rutina. Y mejor no hablemos de lo que es tener que soportar a la familia todo el día, los chicos, sin un minuto de descanso. Once meses al año tenemos que aguantar todo esto: pensar que nuestros antepasados, aunque parezca increíble, se pasaban casi todo el año de trabajo. Pero lo peor de vacacionar son las obligaciones, que se sintetizan en la obligación de divertirse, de pasarla bien. En fin, nos queda la ilusión de disfrutar de nuestras semanitas de trabajo, cuando cada uno será libre de hacer lo que quiera, trabajar, ir al café con los amigos, caminar solo por la ciudad, o simplemente estar un poco triste, sin ninguna obligación de pasarla bien o ser feliz.

Por supuesto, todo ciudadano responsable reconoce que las vacaciones son una necesidad social. Su generalización fue lo único que permitió, hace ya varias décadas, poner fin a la desocupación, que ya venía afectando a la mayoría de los seres humanos. Claro que eso no terminó con las desigualdades. Hay desdichados que ni siquiera pueden pagarse una semanita de trabajo y descansan todo el año, de sol a sol, por un salario miserable; en el otro extremo, el jet-set suscita la envidia de la gente común cuando las revistas muestran a esa gente que vive sin necesidad de tomarse vacaciones, yendo de un trabajo a otro.

Por esta época del año las agencias de trabajo empiezan a publicitar sus tentadoras ofertas. Cada uno, según sus gustos y posibilidades, se decidirá entre ir como operario a los tostaderos de café en Brasil, participar en la cosecha de papas en Balcarce, ser peón en los criaderos de caimanes en la Florida, o la interesante propuesta de Cuba, que por sólo mil dólares ofrece trabajar en la zafra azucarera. Más exclusiva es la propuesta de actuar como barrendero en Punta del Este. En fin, como siempre la mayoría terminará empleándose en una oficina en Mar del Plata.

Además, cada profesión tiene sus hábitos. Los abogados y jueces prefieren trabajar en julio, durante la llamada feria judicial: todos sabemos cómo eso demora expedientes que durante el resto del año son tramitados eficazmente por las máquinas de litigar, pero, bueno, es un solo mes. Los psicoanalistas, en cambio, suelen elegir el mes de agosto, durante el cual las máquinas de analizar, a las cuales vinimos confiando nuestros problemas durante todas las vacaciones y con las cuales habíamos constituido un entrañable vínculo, son reemplazadas por seres humanos, siempre tan poco confiables.

Más allá de esos inconvenientes, el hecho es que el tiempo de trabajo, una semana o quince días o un mes, siempre nos resulta más corto y más caro de lo que habíamos imaginado. En nuestros momentos más delirantes soñamos con un mundo donde trabajar fuese gratis o inclusive nos pagaran por trabajar. Y, después de los cortos meses de trabajo, llegará setiembre, el peor mes del año: de vuelta a la rutina; de nuevo las sombrillas y los bronceadores. Trataremos de resignarnos pero, sin poder disimular nuestro fastidio, exclamaremos: "¡Otra vez las vacaciones!"

Este es el final de un tiempo de descanso, de arenas, de sol, de quemaduras, de putear cada vez que llueve y de decir ¡qué caro! o ¡qué barato!, según corresponda. Es la vuelta suya y también la nuestra, y la de marzo, y las clases. Y Pati, con sus dibujos, y Mosqueto con Xantipa, y Toul y Rulloni, con sus respectivos acentos cordobeses, y Langer, con lo que sea que vuelva, y Daniel Paz, mascando la soja de la victoria, y Miguel Rep, con sus ¡oh, no!, y Guarnerio, con su gorra monologuista, y Rudy, con su... con su... ¡Bueno, con algo ha de volver, él también! Y todos nosotros, con ese suplemento familiar para leer en familia que usted jamás encontrará en nuestras páginas. Bienvenido, lector, aquí estamos, de nuevo.



VOLVER, CON LA FRENTE BRONCEADA

Por Berni Danguto

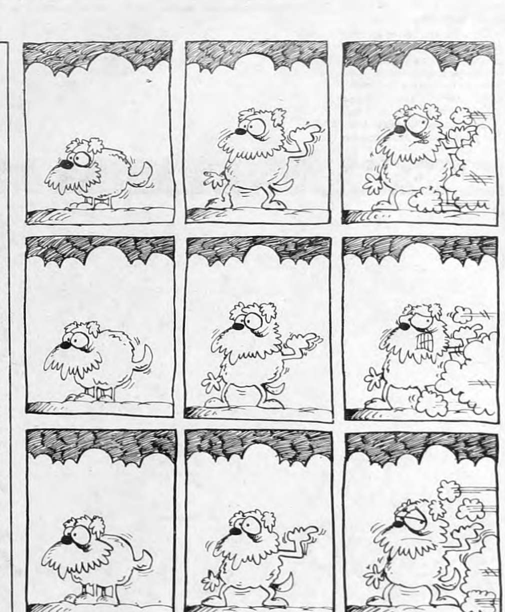
Siempre es difícil volver de las vacaciones, especialmente si uno no fue a ningún lado. En mi caso, luego de pasar un mes en una simpática terraza de Pehuajó, encontré, al llegar a mi casa, que había olvidado una hamburguesa en la heladera desenchufada. Se ve que la hamburguesa sintió la soledad y llamó a un montón de pequeños animalitos y bacterias para que la acompañaran. Me comuniqué con la brigada explosivos, pedí que pusieran una bomba en mi casa y huí. Partí rumbo a lo de los Pastrami, una pareja amiga que siempre me deja la llave de su casa mientras veranean en Chelforó. Llegué a lo de los Pastrami y oí voces tras la puerta. Ellos estaban fuera, ¿quién podía ser? ¡Ladrones! Bajé, compré una Magnum 95, y regresé. Empuñé el arma, abrí e hice cuerpo a tierra en el interior de la casa al mismo tiempo. No había ladrones sino un televisor que habían dejado prendido, en el cual estaba el muñeco Mateyko, de modo que disparé. Al estallar el aparato, una chispa cayó sobre la silla de paja y el departamento ardió. Al menos no iba a tener que dejar una nota diciéndoles que había usado la casa, sabrían que había estado yo. Seguí viaje a lo de los Ramallo, dos hermanos generosos con una quinta en Castelar, cuya llave me confiaban para que les regara los malvones. Al entrar, noté que los Ramallo olvidaron darle de comer al doberman el que, pese a estar esquelético, saltó sobre mi cuello queriendo convertirlo en vianda. El doberman es un animal que, si uno lo sabe manejar, te mata de un golpe seco. Logré agarrar un enorme cuchillo de cocina y lo degollé. Regué las plantas y me dispuse a arrojar al perro en algún descampado para luego, finalmente, concretar mi vuelta de las vacaciones en casa de los Ramallo. Despaché al animal y me senté a comer algo en un bar. Cuando me preguntaron qué deseaba, dije cualquier cosa que no esté contaminada. Me dijeron que no les faltara el respeto, que ahí todo estaba contaminado.

Llegué a Ramallo's House cinco minutos antes que sus dueños, recién vueltos de Yeltsinlandia, y luego de felicitarme por regarles las plantas, preguntaron dónde estaba el perro. Dije que había salido a dar una vuelta y agregué de inmediato: "A propósito, ¿vos creés en la vida después de la muerte?". Y luego de que contestaran "no", aclaré que el perro tal vez tardara más de lo esperable. En estas situaciones soy muy diplomático. Ellos no. Comenzaron a correrme empuñando el cuchillo. Traté de hacerles ver que les había salvado las plantas y sólo había matado al perro, que me dieran una oportunidad más con el mundo mineral. Logré trepar al estribo de esos camiones que dicen: "La droga es basura". En su interior, los choferes aspiraban una lata de tomates oxidada y fumaban un cartón viejo. Me desprendí del camión en las cercanías del asilo de pájaros, donde trabaja un amigo y me presta un cuarto cuando lo necesito. Me dijo que este año las gaviotas austríacas ocupaban todo el edificio hasta fines de abril, y que sólo me podía ofrecer el altillo, si quería compartirlo con los patos. Contesté que estaba recién llegado de vacaciones y necesitaba tranquilidad para trabajar. Me aconsejó irme del país.

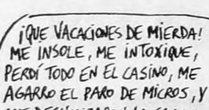
La poca plata que aún tenía (había vuelto de Pehuajó con lo justo), me la gasté en un viaje en taxi hasta la frontera con Chile.

Ahí me senté a pensar. La había pasado tan bien en Pehuajó... ¿por qué las vacaciones no podían durar toda la vida?, ¿tal vez porque no hay una compañía de turismo que haya elaborado un plan tan largo? La opción contraria era aquel mandamiento de Perón "De casa al trabajo y del trabajo a casa". Para cumplirlo primero había que conseguir una casa y un trabajo. Yo estaba dispuesto a hacerle caso si me conseguían una casa como la de Triaca, un trabajo como el de Barrionuevo y hacer el trayecto en la avioneta de Méndez.

Torné a pensar en las vacaciones y la vida. ¿La vida de los hombres era sólo un intervalo de 20 días en la lucha por la supervivencia? No, eso sólo era la vida de los hombres que no tienen plata. Como fuera, yo ya estaba otra vez de regreso; a mi cabeza, me la había olvidado prendida.













QUERIDO



Este es el final de un tiempo de descanso, de arenas, de sol, de quemaduras, de putear cada vez que llueve y de decir ¡qué caro! o ¡qué barato!, según corresponda. Es la vuelta suya y también la nuestra, y la de marzo, y las clases. Y Pati, con sus dibujos, y Mosqueto con Xantipa, y Toul y Rulloni, con sus respectivos acentos cordobeses, y Langer, con lo que sea que vuelva, y Daniel Paz, mascando la soja de la victoria, y Miguel Rep, con sus ¡oh, no!, y Guarnerio, con su gorra monologuista, y Rudy, con su... con su... ¡Bueno, con algo ha de volver, él también! Y todos nosotros, con ese suplemento familiar para leer en familia que usted jamás encontrará en nuestras páginas. Bienvenido, lector, aquí estamos, de nuevo.



VOLVER, CON LA FRENTE BRONCEADA

Por Berni Danguto

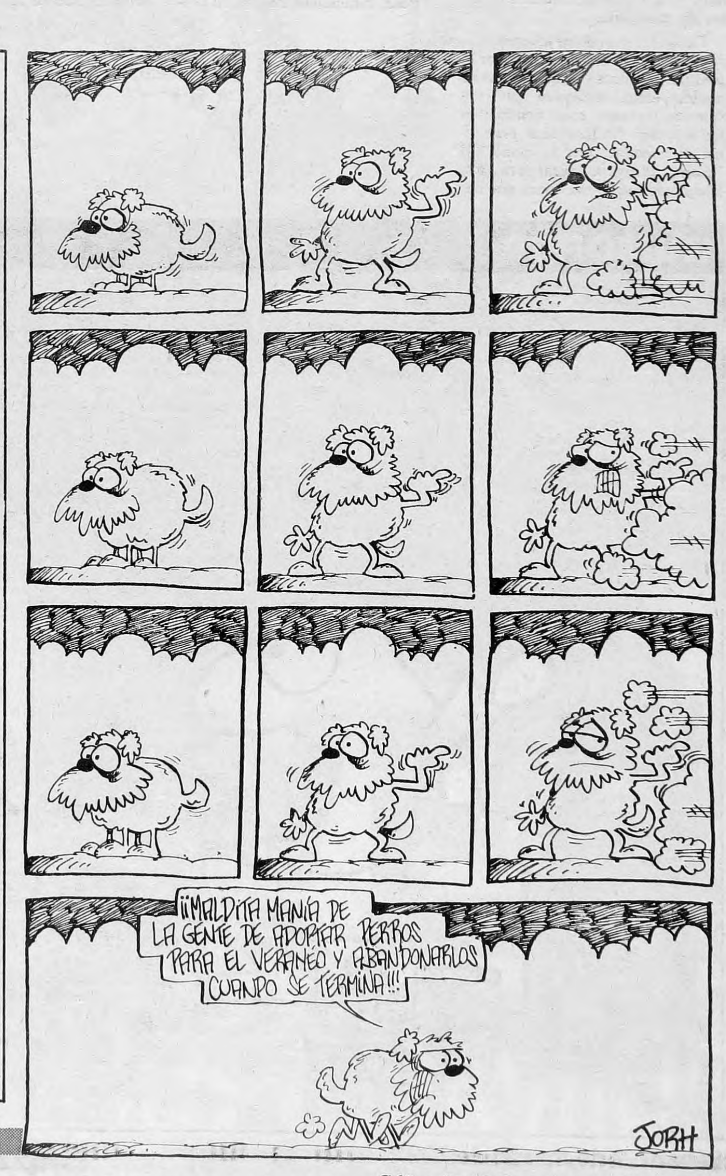
Siempre es difícil volver de las vacaciones, especialmente si uno no fue a ningún lado. En mi caso, luego de pasar un mes en una simpática terraza de Pehuajó, encontré, al llegar a mi casa, que había olvidado una hamburguesa en la heladera desenchufada. Se ve que la hamburguesa sintió la soledad y llamó a un montón de pequeños animalitos y bacterias para que la acompañaran. Me comuniqué con la brigada explosivos, pedí que pusieran una bomba en mi casa y huí. Partí rumbo a lo de los Pastrami, una pareja amiga que siempre me deja la llave de su casa mientras veranean en Chelforó. Llegué a lo de los Pastrami y oí voces tras la puerta. Ellos estaban fuera, ¿quién podía ser? ¡Ladrones! Bajé, compré una Magnum 95, y regresé. Empuñé el arma, aorí e hice cuerpo a tierra en el interior de la casa al mismo tiempo. No había ladrones sino un televisor que habían dejado prendido, en el cual estaba el muñeco Mateyko, de modo que disparé. Al estallar el aparato, una chispa cayó sobre la silla de paja y el departamento ardió. Al menos no iba a tener que dejar una nota diciéndoles que había usado la casa, sabrían que había estado yo. Seguí viaje a lo de los Ramallo, dos hermanos generosos con una quinta en Castelar, cuya llave me confiaban para que les regara los malvones. Al entrar, noté que los Ramallo olvidaron darle de comer al doberman el que, pese a estar esquelético, saltó sobre mi cuello queriendo convertirlo en vianda. El doberman es un animal que, si uno lo sabe manejar, te mata de un golpe seco. Logré agarrar un enorme cuchillo de cocina y lo degollé. Regué las plantas y me dispuse a arrojar al perro en algún descampado para luego, finalmente, concretar mi vuelta de las vacaciones en casa de los Ramallo. Despaché al animal y me senté a comer algo en un bar. Cuando me preguntaron qué deseaba, dije cualquier cosa que no esté contaminada. Me dijeron que no les faltara el respeto, que ahí todo estaba contaminado.

Llegué a Ramallo's House cinco minutos antes que sus dueños, recién vueltos de Yeltsinlandia, y luego de felicitarme por regarles las plantas, preguntaron dónde estaba el perro. Dije que había salido a dar una vuelta y agregué de inmediato: "A propósito, ¿vos creés en la vida después de la muerte?". Y luego de que contestaran "no", aclaré que el perro tal vez tardara más de lo esperable. En estas situaciones soy muy diplomático. Ellos no. Comenzaron a correrme empuñando el cuchillo. Traté de hacerles ver que les había salvado las plantas y sólo había matado al perro, que me dieran una oportunidad más con el mundo mineral. Logré trepar al estribo de esos camiones que dicen: "La droga es basura". En su interior, los choferes aspiraban una lata de tomates oxidada y fumaban un cartón viejo. Me desprendí del camión en las cercanías del asilo de pájaros, donde trabaja un amigo y me presta un cuarto cuando lo necesito. Me dijo que este año las gaviotas austríacas ocupaban todo el edificio hasta fines de abril, y que sólo me podía ofrecer el altillo, si quería compartirlo con los patos. Contesté que estaba recién llegado de vacaciones y necesitaba tranquilidad para trabajar. Me aconsejó irme del país.

La poca plata que aún tenía (había vuelto de Pehuajó con lo justo), me la gasté en un viaje en taxi hasta la frontera con Chile.

Ahí me senté a pensar. La había pasado tan bien en Pehuajó... ¿por qué las vacaciones no podían durar toda la vida?, ¿tal vez porque no hay una compañía de turismo que haya elaborado un plan tan largo? La opción contraria era aquel mandamiento de Perón "De casa al trabajo y del trabajo a casa". Para cumplirlo primero había que conseguir una casa y un trabajo. Yo estaba dispuesto a hacerle caso si me conseguían una casa como la de Triaca, un trabajo como el de Barrionuevo y hacer el trayecto en la avioneta de Méndez.

Torné a pensar en las vacaciones y la vida. ¿La vida de los hombres era sólo un intervalo de 20 días en la lucha por la supervivencia? No, eso sólo era la vida de los hombres que no tienen plata. Como fuera, yo ya estaba otra vez de regreso; a mi cabeza, me la había olvidado prendida.



EL DIATRIBEIRO

Por Sergio Varela

Creo que la última vez que alguien me contó la famosa historia del *Diatribeiro* fue una mañana de lluvia en la que viajaba sentado en el primer asiento de un micro rápido a La Plata, semivacío y de dudoso aire acondicionado. El chofer, poco afecto a comentar el estado del tiempo o una nueva eliminación de Estudiantes en la Supercopa, contaba a su favor con cierta elasticidad respecto de la prohibición de fumar y su locuacidad y buenas artes de narrador que contribuyeron a la leyenda con un final y un nombre y apellido concretos: *Nathan Barrientos.*

Se comenta en la simpática ciudad de los tilos y las diagonales que quien ejerció mayor influencia en la educación de Barrientos fue cierto tío solterón, cicerone de tabernas, jugador hasta la hipoteca y adicto a las trotacalles. Dicen que fue bajo su custodia que el pequeño Nathan se internó en los vericuetos del lenguaje y agregan que tanto "caca" como "puta" se contaban entre sus palabras favoritas. De hecho, hay quien asegura que fueron las únicas que pronunció hasta ya entrado en la adolescencia. Pero con el tiempo, y merced a la paciencia y eficacia de una institutriz neocelandesa expresamente contratada para ayudar al joven a superar su, digamos, *limitación de lenguaje*, Nathan adquirió un decir fluido y elegante que ejercitaba en medio de las coreográficas contorsiones del "haka", el saludo y grito de guerra tribal maorí ampliamente difundido alrededor del mundo por el equipo de rugby de los All Blacks.

Sus palabras favoritas seguían siendo las mismas pero al salir de la colimba manejaba miles de sinónimos, imágenes y eufemismos capaces de expresarlas.

Como muchos otros jóvenes, Barrientos se interesó más tarde por la política y quienes fueron testigos de aquella etapa recuerdan aún sus famosas pintadas, conteniendo libelos al estilo: *"Altamirano, prendeme el miembro con la mano"* o *"García, el órgano sexual de tu tía"*. Dicen que fue en esa época que comenzó a utilizar el seudónimo del Diatribeiro y que los partidos políticos se disputaban su militancia apeteciendo la seducción que sus metafóricos graffitti ejercían sobre el electorado universitario, altamente codiciado en La Plata. Se corrió la voz, por aquellos tiempos, de que el Diatribeiro había conocido el amor, encarnado en una bella joven medio sorda, pero que la historia tuvo un triste final cuando Barrientos, arrobado, le preguntó "¿Me querés?" y ella le contestó "Esperá que ya te digo" mientras consultaba su reloj pulsera. Dicen que fue después de esa experiencia que Barrientos comenzó a analizarse con el célebre psiquiatra Pizarro, decano de psicología de la UNLP, y que éste, consustanciado con la problemática de su paciente, no cerraba las consultas con un neutro "terminó la sesión" o un lacónico "lo dejamos acá" sino que lo despedía con un reo y arltiano *"Rajá, turrito, rajá!"*

Pero, fundamentalmente, al Diatribeiro se le adjudican varias hazañas, como por ejemplo la de amaestrar una paloma mensajera hasta lograr que ésta depositara en vuelo rasante sus detritus sobre la pelada de cierto líder neofascista en pleno discurso, o bien aquella vez que de un pequeño avión a escala y control remoto se desprendió en pleno match de fútbol a beneficio, un paracaídas de juguete que contenía un mensaje que planteaba dudas acerca de la virilidad del "10" del equipo de Los Galancitos, que en ese momento medía fuerzas con un combinado de Los Redonditos de Ricota y La Cofradía de la Luz Solar. Sus adeptos, sin embargo, restan importancia a estos episodios y sostienen que se trataban apenas de maquetas, de meros ensayos de lo que se consideró como *la obra maestra* del Diatribeiro.

Una tarde que Gimnasia y Esgrima jugaba como visitante frente a Boca, el Diatribeiro partió del aeródromo de La Plata a bordo de un avión Gloster de la II Guerra Mundial que llevaba adosado un equipo de sonido de alta fidelidad y potencia. Al sobrevolar la Bombonera, y mediante un micrófono en la cabina, desgranó su mensaje, furibundamente amplificado por los altoparlantes sobre el estadio: *¡Hrabina, ¡Sos más malo que el pelado de* Expreso de Medianoche *que es tan malo que es la única película en la que aplauden más cuando matan al villano que cuando termina la película!"*

La operación hubiera sido un éxito de no mediar la velocidad del avión y lo extenso del improperio, que terminó de escucharse al pasar la máquina sobre el estadio Monumental de Núñez donde Estudiantes jugaba frente a River, por lo que las dos hinchadas platenses reclamaron eternamente parra sí las simpatías del *Diatribeiro.*

Dicen que al tiempo fue invitado al programa de Mirtha Legrand a compartir el almuerzo con Dalmiro Sáenz, Charly García, Enrique Pinti y Jorge Corona y que a la primera pregunta, presa de los nervios, estalló en una regresión autista, hamacándose en la silla como un reloj de péndulo y repitiendo en una cantilena la expresión: "Caca-puta-caca-puta-caca-puta..." Cuentan que la conductora lo reprendió con un canchero *"Qué boquita, ¿eh?"* mientras Charly comentaba *"pero este tipo está del tomate, man"* y Jorge Corona amenazaba con contar "El de la momia en el porno-shop". El programa, obviamente, nunca salió al aire, aduciendo *"una indisposición de la señora Legrand"*, lo que fue tomado para la chacota por varios bufones de los canales rivales.

Resulta más difícil seguir con nitidez el rastro de los últimos años de Nathan Barrientos. Algunos sospechan que se recluyó en un campo y se dedicó a su verdadera pasión: la siembra y cosecha de ajíes "putaparió", aunque merece mayor asidero la versión que indica que se habría dedicado a la docencia. Se dice que sus grupos de estudio sobre insultología congregaban una heterodoxa audiencia en la que coexistían psicoanalistas, semiólogos, rockeros, graffiteros y capos de barras bravas. Quienes aún guardan sus apuntes de aquellas históricas exposiciones recuerdan sus disquisiciones sobre el escatológico estilo francés *(merde, emmerder)* y el sajón, más heráldico y religioso *(bastard! Hell!)* y dicen que entre sus discípulos se encontraba Arango, el autor del libro *Las Malas Palabras*.

Cuenta la leyenda que Nathan Barrientos alcanzó un final trágico cuando, en plena francachela de alcohol y desenfreno con motivo de cierta despedida de soltero, ingirió disuelto en agua un sobre completo de muestra gratis de polvo desodorante para pies al que confundió con un similar de sal de frutas. En sus estertores finales los presentes se congregaron en silencio a su alrededor esperando con unción la primicia del destinatario de su puteada póstuma. Pero las últimas palabras del Diatribeiro fueron de una lucidez rayana en la clarividencia: *"Nunca más piso este boliche"*, dijo y murió en su ley. Con los zapatos puestos y la boca sucia.

HUMOREP





¡Volver, con la frente tostadaaaa...! Y el resto del cuerpo también. Hemos llenado los balnearios y vaciado los shoppings centers de Miami, Florianópolis y Río de Janeiro. Y ahora nos reclama mi Buenos Aires Querido. El laburo, el pupitre y el diván nos llaman y allí estaremos. Así son las vacaciones, en algún momento se terminan. Qué vamos a hacer, por lo menos nos queda la posibilidad de decir: fue barato mientras duró.

Hasta el sábado que viene.

Rudy